
Identidad sostenible: la utopía incómoda

Andrés Bucio Galindo*

Resumo

Ofertar al público el rescate de utopías, parece convocar al rescate de ideologías. En el presente texto, hacemos a un lado el asunto de si las utopías e ideologías son necesarias o no, y tratamos de ver cómo y porqué es que la necesidad social de la *tolerancia* puede hacer obsoleta a la búsqueda social de utopías e ideologías, convirtiéndose con ello en lo que podría llamarse la *utopía incómoda* de nuestro tiempo. En los últimos dos siglos, la utopía parece haber sido la idealización de algo a costa de la exclusión de todo lo demás. Apresenta-se las utopías tecnológica, bioregional, comunitaria, indigenista urbana, racial, histórica, biocéntrica-evolutiva, apocalíptica, enfim la incómoda. Hemos querido sugerir a través de este ensayo que la *sostenibilidad* puede ser también una forma de *identidad* individual y colectiva basada en la tolerancia.

Palabras-clave: utopía, cultura, sustentabilidad, educación

1 – INTRODUCCIÓN

Durante la última década, algunos comentaristas han más o menos llegado a la conclusión, según ellos, de que en una era de cinismo y "desvalorización" de lo "humano" como la que atravesamos, ya no son populares las utopías, por lo que sugieren su rescate, a como de lugar, si es que se ha de dar sentido a tareas colosales como la de lograr la sostenibilidad del desarrollo (*es decir un desarrollo en el que las generaciones presentes satisfagan sus necesidades sin comprometer la habilidad de las futuras para satisfacer sus propias necesidades materiales y no materiales*)¹. La investigadora hispano-colombiana Eloísa Trellez resume esta postura cuando anuncia alarmada:

... pero hoy, con todas las maquinarias del mercado, la globalización y el neoliberalismo en marcha, con el derrumbe de las ideologías, con la degradación ambiental y la pérdida de valores, ¿hacia dónde vamos?, ¿Dónde puede ir la fuerza juvenil,

* Professor-Investigador, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad del Mar-Huatulco, Oaxaca, México.

¹ Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo, 1987.

siempre llena de ideales y de deseos de cambio?, ¿Dónde iremos nosotros y nosotras, que no somos pocos ni pocas, que amamos la paz, respetamos la naturaleza, queremos a nuestros semejantes y soñamos con un mundo mejor, ¿acaso el siglo XXI también tendrá el signo de la locura? (...) Es preciso construir una nueva utopía, esa sí, realizable. Es decir un futuro posible y deseable, que incluya elementos del aún confuso concepto de desarrollo sostenible, pero que nos dé rutas de acción colectiva.²

Otros comentaristas, con un posicionamiento editorial más refinado, se encargan de ofertar al público algo similar, sólo que además de convocar al rescate de utopías, parecen convocar al rescate de ideologías. Tomemos a Enrique Leff y su *Saber ambiental*, obra frecuentemente desvirtuada por apreciaciones mercadotécnicas y deliberadamente monolíticas de fenómenos tan multifacéticos y contradictorios como el del capitalismo global, el poder, o los movimientos sociales étnicos, algo de ello identificable el texto:

[La ciudadanía] camina por senderos sin señales que prevengan su caída en los abismos de la incertidumbre y el caos. La ciudadanía avanza en un viaje de invierno, donde los vientos huracanados hacen girar las veletas sin dirección, donde la nieve sepulta las huellas dejadas en el camino³

[...] La estrategia discursiva de la globalización genera una metástasis del pensamiento crítico, disolviendo la contradicción, la oposición y la alteridad, la diferencia y la alternativa, para ofrecernos en sus excrementos retóricos una revisión del mundo como expresión del capital [...]⁴

No hay proyección al futuro fuera de las inercias que agitan el mundo actual; no hay alternativa ni opción; no queda más que pedir misericordia y justicia para seguir siendo parte de un mundo que gravita fuera de la historia, movido por la sinrazón económica.⁵

² Tréllez, 2000.

³ Leff-1998:107

⁴ Leff 1998:23

⁵ Leff-1998:31

En el presente texto, hacemos a un lado el asunto de si las utopías e ideologías son necesarias o no, y tratamos de ver cómo y por qué es que la necesidad social de la **tolerancia** puede hacer obsoleta a la búsqueda social de utopías e ideologías, convirtiéndose con ello en lo que podría llamarse la **utopía incómoda** de nuestro tiempo, capaz de generar sus propias identidades, tanto individuales como colectivas. Tales identidades merecen atención porque serán contemporáneas del proceso inevitable conocido como *desarrollo sostenible*.

En otras palabras, contra las ideologías igualitarias que movilizaban a tantos estudiantes en los años 60, podría argumentarse que la necesidad de tolerancia conformará la identidad en el siglo XXI para un nuevo desarrollo humano diverso, diferenciado, plural, heterogénea y ecológicamente sostenible, un desarrollo *injusto* según dirían algunos. Pero adentrémonos en el porqué de esta tesis.

diversidad ≠ injusticia

2 – UTOPÍA Y EXCLUSIÓN

Las utopías han estado presentes en la construcción del mundo que hoy conocemos (o creíamos conocer). En ausencia del *poder de la salvación del alma*, característica de los tiempos anteriores a Pelagio – el gran hereje –, la utopía ha sido la religión secular, artificial. La utopía nos ha hecho creer. Ha sido el móvil ciego-visionario al cual los seres humanos hemos podido orientar nuestro sentido y esfuerzo creador de maneras frecuentemente irracionales. La centralidad supuestamente exclusiva de la razón como consejera de la humanidad desde la ilustración ha tenido su contraparte quizás en la utopía.

Si hacemos un recuento de los hechos históricos de los últimos dos siglos, la utopía parece haber sido la idealización de algo a costa de la exclusión de todo lo demás; la "idiosincrasia utópica" (por nombrarla de algún modo) consiste precisamente en creer que todo lo excluido ha quedado comprendido e incorporado dentro de la utopía (si no, no sería utopía).

Es por cuestiones *técnicas* como la anterior, y también por el viejo adagio que anuncia: "cuando todos piensan igual, no todos están pensando", que a la utopía no le queda más remedio

que ser una *práctica exclusiva* obligada a *excluir* para poder existir. La utopía y sus afiliados se ven forzados a trazar una línea y circunscribirse dentro de ella, o bien resignarse a que su ideal deje de ser ideal.

Parte entonces de comprender ciertas realidades presentes y pasadas, consiste en percatarse de cuando menos dos cosas: para toda utopía propia siempre habrá un aguafiestas ajeno, y continuamente nosotros fungimos como aguafiestas de la utopía de alguien más, nos demos o no cuenta de ello. Para ilustrar mejor lo anterior describiremos, aunque sea brevemente, algunas de las utopías más representativas del siglo XX y anteriores.

La utopía tecnológica

Asociada también a una utopía *informática*, esta utopía es predominantemente urbana, tecnocrática y economicista. Visualiza un futuro planetario emancipado de todos sus problemas ambientales, sociales y políticos, gracias al desarrollo tecnológico, la adecuación de estándares de calidad como el ISO-14001, la automatización extrema de los procesos productivos, la depuración y corrección de las "fallas del mercado," entre muchas otras cosas. A últimas fechas, los entusiastas de esta utopía hacen referencia a cosas, tales como la conquista del planeta Marte y la consecuente instauración de una especie de edén cibernético, a través del cual la humanidad encontrará una "segunda oportunidad" para redimir sus fallas. También hacen referencia a megalópolis submarinas, semáforos y corredores urbano-intergalácticos, mascotas robot y el primer clon presidenciable.

La utopía bioregional

Para esta utopía, la tecnología debe ser vista con reserva, pues tiende a corromper el alma humana alejándola de su esencia verdadera representada por un regreso al origen: la naturaleza. Ello se ve traducido en una especie de vuelta a la edad de piedra y al estilo de vida característico de las sociedades agrarias. Frecuentemente esta utopía señala a las *bioregiones* y al *bioregionalismo* como la única salida razonable a los problemas ambientales, sociales y económicos. Se privilegia la solución *espacial* con delimitaciones más naturales y geográficas que políticas. Se pretenden asentamientos humanos reducidos en tamaño, albergando gente buena que dócilmente adopta formas

de vida autónoma, autosuficiente y descentralizada respecto al uso y reuso de los recursos naturales locales. Hay un énfasis en el desarrollo interior y una omisión casi autárquica de las complejas interacciones sociales y culturales en y para un entorno y sostenibilidad de carácter regional y mundial. Típicamente, la corriente ideológica del eco-desarrollo en los años 60 y 70 fue clima propicio para este tipo de utopía.

La utopía comunitaria

Muy relacionada a la bioregional, sólo que más focalizada al aspecto social que al ecológico. Se aspira a un modo de vida en el que la equidad y la igualdad comunitarias sean valores por encima de la diferencia y la diversidad – más o menos como ocurre en *Los Pitufos*, serie de dibujos animados –, ello sin tomar en cuenta la posible interacción conflictiva con otras comunidades – de pitufos beligerantes por ejemplo –, misma que dio origen al nacimiento del Estado. En la utopía comunitaria, se asume que dados los actuales problemas socio-ecológicos, la población humana *debería* decidirse de una buena vez a vivir en comunidades, generalmente pequeñas, apacibles, en donde reine la armonía y la hermandad solidarias, evitando los grandes problemas políticos que ocurren a otras escalas de convivencia como la urbana o la regional. Se olvida a menudo que la comunidad ha sido, y es aún, evitada en la actualidad por ser también la escala social más propicia para algunas de las más desenfundadas prácticas de autoritarismo local, cacicazgo, sectarismo, xenofobia, enajenación religiosa, opresión y perversión sexuales.

En la utopía comunitaria, imaginada por algunos, la búsqueda humana de identidad, tanto individual como colectiva, es una cuestión relativamente sencilla de resolver dada la adopción del correcto arreglo comunitario de convivencia. Frecuentemente se asume que la necesidad de tolerancia frente a la diferencia es un valor más o menos secundario, o bien relativamente *prescindible*, dada la correcta administración de la *justicia*. Para el creyente en esta utopía, la difícil relación entre libertad y justicia tampoco es tema para una discusión tan sofisticada.

De manera similar a la utopía bioregional, en el enclave

comunitario generalmente no se piensa mucho en las proporciones que debe haber entre el desarrollo interno y externo a la comunidad, ni en términos de prosperidad comunitaria, ni en términos de contribuir a una sostenibilidad regional y mayor. Fuera de México, diversos grupos como la *Rainbow Community* en Arizona o sectas religiosas como los *Davidianos* en Texas y la *Verdad Luminosa* en el Japón, han llevado a la práctica modalidades de utopía comunitaria con resultados que han ido de lo cómico a lo macabro.

La utopía indigenista urbana

Dentro de México y sin el desquiciamiento norteamericano, existe una submodalidad de utopía comunitaria que ilustra el triunfo de la teoría sobre la práctica. Es curioso el notar que se trata de la única utopía ideada por quien presumiblemente no estaría dispuesto a formar parte de ella. Se trata de la utopía *indigenista urbana*, en la cual, de ser correcto el balance sugerido por intelectuales blancos como Enrique Leff, probablemente el más cínico y sagaz de sus expositores, el futuro ambientalmente armónico buscado en "la región", e incluso quizás en la entidad política nacional (en principio categorías que parecen u obsoletas o fuera de toda proporción honesta y razonable), depende aparentemente de la recia y generalizada instrumentación de esquemas comunitarios de estilo y valores culturales étnico-tradicionales, así como de la adopción más o menos voluntaria y pareja de los *saberes ambientales* y de la *capacidad indígena para aprovechar la fotosíntesis de las plantas*. Seamos nosotros mestizos, caribeños, blancos, mulatos, advenedizos ignorantes, o simples mexicanos que habitan en *tlalpan*; en las ciudades, en los desiertos, en las costas, o en las junglas "de la región". Seamos ingenieros, taxistas, o pastores, tengamos influencias culturales diferentes a las indígenas o no.

Esta utopía no parece buscar la *universalización de lo indígena*, – que es lo que genuinamente intentan hacer desde poetizas como Rosario Castellanos, hasta movimientos sociales como el Zapatismo – sino que busca *indigenizar lo universal*, al punto de aparentar un deseo por *indigenizar la posibilidad misma de la sostenibilidad del desarrollo*. Esto conduce a los creyentes en esta utopía, directo a la nada, en la ignorancia de toda

asimetría demográfica, geográfica, política, cultural, de infraestructura, existente fuera del mundo de las minorías étnicas. La utopía indigenista urbana es pues un verdadero edén: es inocuamente inoperativa, amordaza la conciencia, lo necesario como para hacer ver bien a todos lo que hablan de ella, pero sin comprometer a nadie ya nada, hechiza a la izquierda, no molesta a la derecha, los indígenas no la conocen, vende muchos libros y es de duración indeterminada.

La utopía racial

Asume que unas razas cuentan con mayor pericia que otras para realizar con éxito cualquier tipo de actividad, desde jugar a la pelota y contar chistes, hasta fabricar viagra y atole transgénico. Esta utopía asume que las capacidades y esfuerzos individuales estarán siempre rebasadas y subordinadas a la colectividad de la raza a la que se pertenece. También presume que es posible y deseable vivir en un planeta cultural y económicamente dinámico sin hibridación racial. La tolerancia puede ser sustituida por exclusión, y con frecuencia no le parece obvia a un utópata racial la incompatibilidad entre el exterminio masivo de gente y la posibilidad futura de seguir dignificando al *homo sapiens*.

La utopía histórica

Uno podría pensar que difícilmente el estudio de la realidad pasada debería producir utopías. Y a no ser que se trate de relatos fantásticos y mitología tomada por historia – el milenarismo ario por ejemplo –, el estudio de la historia debería ser una de las formas más efectivas de diluir toda utopía. Pese a ello, la utopía histórica es la idealización del pasado y del "mundo tradicional." "Nada hay nuevo bajo el sol", "las respuestas a todos los problemas están en la historia y en la observación de la naturaleza humana y social a través de ésta." "El futuro nunca es un lugar tan seguro, – asegura el utópata histórico –, como cuando nos decidimos a aprender de la historia y sus ricas lecciones."

La inconsistencia y paradoja fundamental de esta utopía es que dado que "quien desconoce la historia está condenado a repetirla", el vivir de acuerdo a sus enseñanzas nos arrojará inevitablemente a un

porvenir inédito, desconocido y más bien incierto. Es decir que, por definición, la historia alberga siempre cosas nuevas y no hay razón para pensar que estemos realmente ante su fin, "el fin de la historia" (Fukuyama mismo admite referirse con ello al fin de la "teoría política" no de la historia como tal, que es como algunos lo interpretan) La utopía histórica frecuentemente refuerza y sirve de base a otras utopías como la bioregional, la comunitaria y la racial.

La utopía biocéntrica-evolutiva

Más o menos convencidos de que "la sociedad" o bien "el ser humano" tienden en general a ser malos y arrogantes frente a la naturaleza, los entusiastas de la *utopía biocéntrica-evolutiva* exaltan la cadena de la vida frente a la "previsible extinción" del ser humano como especie animal, "según las estadísticas" y por el "dictado natural de la evolución." Para esta utopía, la trascendencia de la vida no ha de buscarse en el bienestar de las personas en armonía con el ecosistema global, sino en la contemplación maravillada de la habilidad y destreza con la que sobreviven los mosquitos, las ratas, las plantas carnívoras, las tarántulas venenosas, o bien los delfines, los peces tropicales y todo aquel animal que por su apariencia benévola o malévola "merezca heredar el planeta." La comodidad del entretenimiento televisivo y la facilidad actual para recorrer el campo en vehículos motorizados han probablemente facilitado, o sido precursores de esta clase de utopía. Un grupo importante de creyentes ha estado conformado por científicos evolucionistas radicales (algunos adscritos, por ejemplo, a corrientes como la Ecología Profunda o *Deep Ecology* en los años 70) y también por muchos estudiantes y aficionados a la biología y las ciencias naturales. No están descartados de este grupo, algunos de los amantes más radicales de "lo natural."

Quizás una de las semillas que devino en la utopía biocéntrica la sembró en 1798 el reverendo Thomas Malthus en su famoso trabajo *Ensayo sobre el principio de población*. La versión sencilla y popular de este argumento compara a la explosión demográfica de humanos dentro del planeta con la explosión

demográfica de bacterias dentro de una botella de vino: las bacterias beben, se reproducen y transforman exponencialmente el vino en vinagre, hasta que mueren. La aparición del ser humano en la evolución biológica es percibida como un cáncer transitorio. El problema con esta tesis y con la utopía biocéntrica es doble: existe evidencia documentada por distintas agencias nacionales e internacionales, a través de numerosos estudios de varias décadas de duración, de que los seres humanos tienen una diversidad cultural, una capacidad de previsión y amor a la trascendencia y al poder distinto al de las bacterias. La evidencia también sugiere que la misma creatividad y ocio utilizados para destruir nuestro planeta son susceptibles de uso en la recomposición de la naturaleza en la que vivimos.

El segundo problema con la utopía biocéntrica y con la tesis del comportamiento humano-bacterial es que sabemos desde hace mucho tiempo que más del 80% de los recursos y energía mundiales los consume menos de la quinta parte de la población más afluente del planeta. Sabemos, por ejemplo, que la *Huella Ecológica*⁶ de un país como Holanda podría ser cercana a 15. Ello significa que se necesitan los recursos naturales de cuando menos 15 territorios como el de ese país para mantener las necesidades materiales y los estilos de vida de sus habitantes⁷. Según estimaciones del Instituto Internacional para el Medio Ambiente y el Desarrollo⁸ en el Reino Unido, la huella ecológica de Londres es cercana a 120. Un norteamericano promedio consume 10 veces más que su contraparte hindú⁹. Dicho de otro modo, parece ser que la escasez, uso o destrucción de recursos y energía está más relacionada a los estilos de vida del 20% de la población mundial (a la que pertenece tanto

⁶ La Huella Ecológica es un instrumento de medición que nos permite estimar la carga impuesta por una población o economía dada sobre la naturaleza, en términos de una correspondiente área geográfica productiva.

⁷ Rees-Wackernagel-1996

⁸ IIED-1995

⁹ Rees-Wackernagel-1996

el lector como quien escribe), que con los hábitos reproductivos del 80% restante.

Semejante evidencia parece indicar que el problema no parece ser **cuantos** componen la mayoría, sino **que hace** la minoría. Ahora bien, puesto que *lo que hace* la minoría (mayor consumo de materia y energía) no ha sido receta infalible para obtener felicidad y bienestar prolongados, y dado que la pobreza para la mayoría tampoco es receta deseable, los objetivos para lograr un *Desarrollo que sea Durable y Sostenible* comienzan a ser cada vez menos ambiguos: la humanidad en toda su diversidad, estratos económicos y estilos culturales, no necesita mayores *estándares cuantitativos* de vida, medidos en engañosos *ingresos per capita*, sino *más calidad inteligente y creativa de vida*, con un menor estrés para el medio natural del cual depende.

La utopía apocalíptica

Esta es la favorita de muchos, y, sin duda, la que desde tiempos remotos ha contado con mayor número de adeptos. Ello se debe a que, siendo la *utopía negativa* por excelencia, muy pocos — acaso nadie —, salvo los miembros de algunas sectas, están al tanto de su personal afiliación. Versiones actualizadas de esta utopía, a consecuencia de la guerra fría y la destrucción ambiental, deben su gran popularidad a la naturaleza pasiva, producto de la ley del menor esfuerzo. La utopía apocalíptica surge de la adopción de una postura voluntaria de abandono a la idea de una destrucción futura total de todo cuanto conocemos, al parecer en aras de obtener en recompensa, una oscura pero reconfortante sensación de *certidumbre* e impotencia exoneradora de las responsabilidades y capacidad de influencia personales.

El disgusto humano frente a la *incertidumbre* llega a ser tal para ciertos individuos, que prefieren dejarse apoderar por la *certidumbre* de una muerte segura, y con ello, el fin último de los tiempos, que albergar la molesta e irritante incertidumbre de la esperanza. La utopía apocalíptica, como todas las que hemos descrito previamente, cuenta con diversas modalidades, casi todas ellas desatadas por la idea utópica de que algo sufre su destrucción última y total. Ejemplo de ello son los ya clásicos *derrumbes de valores humanos* o la temible *globalización*

homogeneizante citados al principio de este ensayo.

Ha cundido en los últimos años la idea de que la economía, el mercado – más típicamente el neoliberalismo –, el aborto, la eutanasia, la clonación, la guerra y otros temas-objeto-de-controversia contribuyen a una degradación del ser humano y sus valores como nunca antes. Es posible asociar este "derrumbe de valores humanos" a la modalidad de utopía apocalíptica, porque, al igual que muchas de las cosas que critica, se acerca más a ser un ramillete de conjeturas ideológicas que producto de la observación *dinámica* y *dialéctica* de los hechos. Este tipo de utopía encuentra refugio y exacerbación en aseveraciones como las siguientes, a cargo de Leff:

El discurso del neoliberalismo ambiental opera como una estrategia fatal, que genera una inercia ciega, una precipitación hacia la catástrofe¹⁰... "El mundo bipolar transita hacia una nueva configuración del poder, marcado por el dominio de una globalidad homogeneizante y unidimensional."¹¹

Por fortuna, la realidad es más interesante que cualquier utopía apocalíptica, y numerosos hechos históricamente inéditos contravienen esta supuesta "globalidad homogeneizante y unidimensional", así como el supuesto "derrumbe de valores humanos". Veamos algunos ejemplos.

La utopía incómoda

Nunca antes tantas personas han recibido educación superior universitaria como hoy. Aunque de manera imperfecta, nunca antes tantas mujeres han podido salir de la cocina, acceder a oportunidades laborales y de movilidad social como ahora (asumo que el lector está de acuerdo en que estos, para infortunio o no de la gastronomía, son valores humanos). Con tropiezos, pero por primera vez en la historia se discuten abiertamente toda clase de derechos universales básicos, se discuten derechos humanos, étnicos, infantiles y de ancianos, de los refugiados, se discuten derechos que hasta hace algunos años hubieran resultado inauditos, como los derechos de personas que

¹⁰ Leff, 1998, p. 21-22.

¹¹ Leff, 1998, p. 50.

aún no existen – las generaciones futuras –, el derecho a la salud, a un ambiente sano, el derecho a nacer, a morir voluntaria y dignamente; los derechos de las mascotas. Sorprendentemente se comienza a hablar del derecho *que tiene el ganado ovino, porcino, vacuno*, a un mínimo bienestar, y hasta de los derechos de seres del reino vegetal, como los árboles. La libertad de expresión es por primera vez en la historia un valor casi universal. Debates agudos y controversiales como el aborto, la eutanasia y la drogadicción son resultado de una apertura consensada, respecto a un valor que en muchas sociedades se ha convenido ya como superior, que es el derecho a la información y a tomar decisiones reflexivas.

Cierto es que la guerra sigue entre nosotros y que nada parece cambiar, excepto que ahora los métodos empleados son más sofisticados; sin embargo, tampoco podemos subestimar el hecho de que nuestra misma habilidad para hacer inhabitable al planeta entero, así como el haber desarrollado la capacidad técnica para verlo desde el espacio, nos ha hecho reflexionar y ser conscientes de nuestra condición humana, no sólo en el plano existencial individual, sino también en el plano colectivo, como especie en la evolución.

Cierto es que algunos valores morales religiosos se han deteriorado, pero también que una moralidad laica y conciencia humanas han surgido en las sociedades, manifestándose de diversas maneras, como lo es el trabajo voluntario que millones de ciudadanos ofrecen a su prójimo todos los días a través de organizaciones civiles, trabajo incomparable quizás en calidad y cantidad a la prestada en casi cualquier época en el pasado.

El hambre que padecen mil millones de seres humanos es un hecho innegable, lo es también la desnutrición y la mortalidad infantil por enfermedades infecciosas, pero no por ello debemos perder de vista que nunca antes el planeta había albergado y alimentado a seis mil millones de personas simultáneamente, con mayores esperanzas de vida, y con los mismos recursos existentes (incrementando su productividad).

Existe una brecha inmoral y conexas entre ricos y marginados a nivel mundial, pero nunca antes tampoco se había generado tanta riqueza económica y de conocimientos en un

período tan corto y a un ritmo tan vertiginoso: aunque en los últimos dos siglos, el número de habitantes se ha quintuplicado, la proporción sigue siendo modesta si la comparamos con el crecimiento de la economía mundial en el mismo período, que es hoy 50 veces mayor que a principios del siglo XIX. (Aquí, algunos lectores desviarán la atención, y con razón, hacia el hecho de que esta riqueza económica es producto de la explotación del norte hacia el sur, pero el punto aquí no es ese, el punto aquí es el traer a nuestra atención la HUMANIZACIÓN EN BRUTO para bien o para mal, que este crecimiento económico ha conllevado dentro del ecosistema planetario NATURAL, en términos de lo que parece ser la tarea histórica que tienen todas las voluntades culturales, para bien o para mal de recomponer la naturaleza de la cual dependen. Sean estas voluntades culturales modernas, postmodernas, tradicionales, orientales, occidentales o lo que sean).

La ampliación de la esperanza de vida para tantos seres humanos ha, sin duda, modificado nuestra manera de ver la vida; ha, desde luego, tenido un impacto negativo en el ecosistema global, pero también *humanizante* en la manera de relacionarnos entre nosotros y con la naturaleza, en la exaltación de las artes, en el descubrimiento de nuestro lugar en el universo y en todo cuanto hoy por hoy afectuosamente calificamos como "muy humano". Nunca antes quizás, en la historia de la humanidad, tantos millones de personas han podido conversar con sus abuelos, o sus nietos.

La estructura familiar, tan celebrada, ha sido producto precisamente de los arreglos sociales y espaciales derivados del modo de producción industrial. El amor romántico, como lo conocemos, y el matrimonio son algo característico de la sociedad actual, algo que generaciones de otros tiempos desconocían. El lujo económico del divorcio y la vida independiente son privilegios de las sociedades presentes (aunque quizás no necesariamente de las futuras).

Cierto es que el mundo requiere de una valoración distinta de las capacidades humanas, tanto femeninas como masculinas, pero difícilmente el futuro será *gay*, como les gustaría creer a muchos homosexuales urbanos, como tampoco *matrifocal*, como lo sugieren algunas matronas radicales. El fiero reclamo que hacen

algunas feministas recalcitrantes por la presunta destrucción provocada a la naturaleza por el sexo masculino, lleva a estas personas a perder fácilmente de vista que su actual "revolución" y emancipación laboral, familiar, educativa y moral ha sido y es, junto con la del varón, parcialmente – sino totalmente – dependiente de los cómodos estilos de vida hechos posibles por la misma cultura tecnológica, racional – para ellas totalmente masculina – de automóviles, telecomunicación, hospitales, cosméticos y pañales desechables que (en teoría) tanto menosprecian.

Hoy, que la naturaleza ha sido trastocada por las acciones humanas, es muy probable que algunos nuevos arreglos sociales "deshumanizantes", junto a fuertes dosis de tolerancia, sean incrementalmente necesarios para mantener la suficiencia y calidad de los flujos sociales y ecosistémicos, que demanda una sostenibilidad del desarrollo. Desde este punto de vista, la utopía viable y posible no parece ser la apocalíptica, sino aquella de tolerancia y paciencia frente a todos estos procesos que no comprendemos, y que por ahora son demasiado nuevos como para hacer estimaciones negativas o positivas apresuradas. Por ahora, quizás lo único que sabemos de estos procesos es que los necesitamos, entre otras cosas, por cuestiones de gobernabilidad social y cultural, local, regional y global.

3 – LA IDENTIDAD SOSTENIBLE

Es precisamente la falta de prevalencia de unas utopías sobre otras la que nos lleva a pensar en la *interactividad* o *complejidad* (que no necesariamente es lo complicado). La toma de conciencia de esta interactividad social, política, cultural y su efecto en nuestras vidas personales, es quizás la única tendencia social de la cual podemos estar seguros a futuro.

Según pensadores como Octavio Paz, estaremos en éste siglo XXI progresivamente abandonando *nuestro culto al futuro*. Prueba modesta de ello puede ser quizás el encontrar, ya en las librerías, títulos tan sagaces como *La Historia del Futuro*, que relatan con palabras e imágenes cuán profusa ha sido la ensoñación humana respecto al devenir, y cuán errada estuvo, por ejemplo, la utopía tecnológica en su momento.

Hemos querido sugerir a través de este ensayo que la

sostenibilidad puede ser también una forma de *identidad* individual y colectiva basada en la tolerancia, y que mientras la identidad generada por las utopías del siglo XX se basaba en un optimismo más o menos ignorante y excluyente de la diferencia y la pluralidad, la identidad basada en la tolerancia proviene de una especie de escepticismo optimista resultado del conocimiento y su búsqueda, una especie de *utopía incómoda*, conocida también como esperanza.

REFERENCIAS

COMISIÓN MUNDIAL PARA EL MEDIO AMBIENTE Y EL DESARROLLO. *Nuestro futuro común*. Alianza Editorial, 1987.

LEFF, E. *Saber ambiental*. México: Siglo XXI, 1998.

NAUGHTON, J. *A brief history of the future: origins of the Internet*. Overlook Press, 2000.

PAZ, O. *Itinerario*. México: Joaquín Mortiz, 1993.

REES-WAKERNAGEL. *Our ecological footprint, reducing human impact on earth*. New Society Publishers, 1996.

TRÉLLEZ, E. La educación ambiental y las utopías del siglo XXI. *Tópicos en Educación Ambiental*, v. 2, n. 4, abr. 2000.

